

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, domingo 13 de setiembre (de 1914)

Se comenta con júbilo la confirmación de la noticia de que el ala derecha alemana ha tenido que retirarse en estos últimos días unos setenta y cinco kilómetros bajo la irresistible presión de los franceses, y que el centro inicia también un movimiento acentuado de retroceso.

Además, personas llegadas de las inmediaciones de Maubeuge aseguran que los alemanes han exagerado desmedidamente las proporciones de su triunfo, y que, al entrar en la ciudad, sólo encontraron y pudieron hacer prisionera una pequeña parte de la guarnición – algunos centenares de hombres apenas – y sin municiones ni víveres. Los cañones habían sido inutilizados.

A pesar de estas favorables nuevas el aspecto de la ciudad (Bruselas) es de una tristeza infinita. De los bulevares han desaparecido las "*terrazas*", las mesas y las sillas instaladas en plena acera y que tanta animación les prestaban. En las calles centrales, solitarias, se agitan al viento, desesperadamente, las banderas belgas que han quedado en los balcones como si quisieran desprenderse y volar en auxilio de los que combaten. La tempestad reina desde ayer, después de largas semanas de buen tiempo, de un buen tiempo implacable, porque cuando los hombres se hacen pedazos como bestias feroces, hay que clamar con el poeta español (**Nota**) :

¡ Qué insoportable es tu calma !

¡ Oh, madre naturaleza !

Siquiera hoy los elementos desencadenados están

en armonía con la situación terrible, y no contrastan con la tragedia en que actuamos, héroes y comparsas, como aquella resplandeciente luna llena que durante las últimas escenas de su defensa heroica inundaba de luz a Maubeuge bombardeada :

*... Bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo ! (Nota)*

Los pocos bruselenses, que no han podido resistir a la inveterada costumbre de salir de casa los domingos, se refugian en los cafés en que arde ceniciento el gas a media luz, y cuchichean alrededor de la mesa, lanzando ojeadas recelosas a su alrededor, con la cara estirada y el ademán mesurado, como en el aposento de un moribundo, como en un conciliábulo de conspiradores, y ni Jordaens ni Teniers encontrarían en ellos modelo apropiado para esas alegres y

tumultuosas beberías en que el color del uno y el dibujo del otro evocan como una orquesta la animación y la algazara.

Es que en toda Bruselas se siguen deprimiendo los ánimos, además de la presencia de los soldados alemanes que pululan, la de los espías, que son legión, pues a los alemanes libertados cuando la ocupación han venido a agregarse otros y otros más, en incalculable número, sospechosos todos, aunque todos no cultiven el espionaje como una profesión, con empleos en la administración civil alemana, que está organizándose, para que el yugo del invasor se haga más efectivo todavía. ¡ No hay qué decir ! Los alemanes son incomparables en cuanto a la disciplina, y entre los principales elementos de su disciplina entra el espionaje como he de decirlo en cuanto tenga tiempo de organizar mis notas. (1)

Y toda esa gente que ha olvidado lo que es una

diversión, que no puede ir al teatro ni al cinematógrafo, cerrados desde el principio, y que no lo desea, que no oye música, sino la agria y discordante de los pífanos y tambores a cuyo compás marchan los batallones alemanes, que no tiene tranvías, ni automóviles, ni fiacres para volverse a su casa, desaparece en cuanto comienza a caer la tarde, porque poco después todos los establecimientos estarán cerrados y todas las calles lóbregas, apenas con la mariposa trémula de un farol a media luz, mudas, sin más rumor que el de las pesadas botas alemanas, el choque de la culata de algún fusil contra las piedras de la acera o el silbar del viento huracanado en las encrucijadas acribilladas por la lluvia.

Antes de emprender la marcha de regreso subiendo la cuesta empinada de la calle de la Magdalena, me detengo a leer en las paredes de la

Bolsa, bajo una linterna mortecina, el último cartel de la autoridad alemana. Es fresco de hoy, y vuelve a prohibir terminantemente la circulación de automóviles particulares, motos y bicicletas en Bruselas y sus arrabales para todo el que no tenga permiso – que sólo se otorga en caso urgente – del comandante alemán. Se ha reiterado a las tropas la orden de hacer fuego sobre cualquier ciclista que vean en los alrededores, por que "*se tienen pruebas*" – dice el cartel – "*de que la guarnición de Amberes ha estado continuamente informada de los movimientos de nuestras tropas por intermedio de los ciclistas*". Se agrega que todos los que desde el 15 en adelante sigan teniendo palomas mensajeras, correspondan con señales o traten de perjudicar a los militares alemanes serán marcialmente juzgados.

Entretanto el cañón sigue tronando a lo lejos. Se habla del bombardeo de los establecimientos

fabriles que M. Solvay posee en Vilvorde (2) y que los alemanes habían ocupado convirtiéndolos en cantones para defenderse contra los ataques de las tropas belgas.

Y llegan, cada día en mayor número, relatos y testimonios de nuevas y execrables atrocidades alemanas. Hoy me cuentan, por ejemplo, que un pobre cura de aldea ha sido enterrado vivo.

Podría creerlo, por los precedentes espantosos y comprobados de Dinant, de Lovaina, de tantos otros escenarios de crímenes inauditos, pero prefiero aguardar la prueba, la prueba que en el mejor de los casos tardará en llegar, porque los testigos se jugarían seguramente la cabeza.

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario*

de un testigo (10) », in LA NACION ; 26/03/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (11) », in LA NACION ; 27/03/1915.

Notas del autor :

(1) Ver el artículo del autor titulado "*Espionajes*", en el número [. ?.] de *La Nación*. **Nota del traductor :** No figura el texto en la *Bibliografía argentina de artes y letras (compilaciones especiales, N°13)*, dedicada a Roberto J. PAYRO por Stella Maris FERNANDEZ de VIDAL en 1962. ¿ Sería uno de los textos perdidos por los correos ? ... Ver la nota de PAYRO in « *Diario de un incomunicado. La guerra vista desde Bruselas* (3) », in *La Nación* del 20/11/1914 (publicado en nuestro sitio el 7 de agosto) : « *Esta carta, que había certificado sin embargo antes que la que contenía el diario del 8 inclusive al 12, me fue devuelta por el*

correo. La anterior no. ¡ Quién sabe qué suerte habrá corrido ! ... El salto, entretanto, no puede salvarse .»

« Cette lettre, que j'avais pourtant envoyée par recommandé avant celle qui contenait mon **journal** portant sur les dates allant du 8 au 12 août inclus, m'a été retournée par les services postaux. La précédente, pas. Dieu sait ce qu'il en est advenu ! ... En attendant, le contenu en est irrémédiablement perdu.»

(2) No hubo tal.

Notas del traductor al francés :

Las citas "¡ Qué insoportable es tu calma ! ¡ Oh, madre naturaleza ! » y "bajo la impasible y muda indiferencia del cielo" proceden de una estrofa del poema *El Vértigo* del español **Gaspar Nuñez de Arce**. El poema es el relato del drama de Abel y Caín, llevado a un escenario medioeval, en un castillo feudal.

*“Cuando a desatarse empieza
la tempestad en el alma,
Que insoportable es tu calma,
Oh!, madre naturaleza,
Nunca a la humana tristeza,
das el ansiado consuelo,
y en los momentos de duelo,
nuestra pena es más aguda,
bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo. »*

Versión completa encontrada gracias a

<http://www.encontrarse.com/notas/pvernota.php3?nnota=10617>